

CALIFORNIA, O EL PODER DELAS IMÁGENES EN EL DISCURSO Y LAS MISIONES JESUITAS*.

SALVADOR BERNABÉU ALBERT
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS (CSIC, SEVILLA)

RESUMEN

Estudio de algunos aspectos del imaginario jesuita y de las imágenes que construyeron sobre California. Los ignacianos elaboraron un modelo basándose en el de Dante de las esferas concéntricas, en el que aparecía Dios en el Cielo estrellado y un demonio cruel en el infierno tenebroso, tal y como puede apreciarse todavía en las pinturas de las iglesias californianas y en las descripciones que ofrecían los jesuitas. Se estudian las propuestas de los padres Juan M^a Salvatierra, Segismundo Taraval, Miguel Vanegas, Andrés Burriel, Juan Jacobo Baegert, Miguel del Barco, Francisco Javier Alegre, Francisco Javier Clavijero, Francisco M^a Piccolo, y Francisco Javier Carranza. Concluye con un párrafo de Echevarría, que la idea de los jesuitas era “que la gente viva todo el tiempo en el límite, en el borde entre lo terrenal y lo celestial”.

ABSTRACT

Study of the some aspects of the imaginary Jesuit and of the images that built on California. The “ignacianos” elaborated a model based on the concentric fields’ Dante, where God appeared in the bright Heaven and a cruel demon in the dark Hell, such as can be still perceived in the paintings of the Californian churches and the descriptions offered by Jesuits. Here we study the proposals of the parents Juan M^a Salvatierra, Segismundo Taraval, Michael Vanegas, Andrés Burriel, Juan Jacobo Baegert, Miguel del Barco, Francisco Javier Alegre Francisco Javier Clavijero, Francisco M^a Piccolo, and Francisco Javier Carranza. It is concluded with a paragraph of Echevarría, which contends that the idea of the Jesuits was “that people lives mostly in the border, near the edge between the earthly and the celestial”.

1. EL VIAJE IMAGINARIO.

Dante nunca estuvo en California. Pero si hubiera desembarcado a mediados del Siglo de las Luces en la península, merced a un nuevo viaje maravilloso a los confines de la tierra, y paseado por alguna de las misiones, no se hubiera

* Trabajo realizado dentro del Proyecto de investigación BHA 2000-1334.

extrañado casi de nada. Al entrar en las iglesias de Nuestra Señora de Loreto, san Francisco Javier o san Ignacio, reconocería con su mirada un mundo no del todo extraño. Los cuadros, las esculturas, las estampas, los altares, los retablos, las vestimentas y los objetos sagrados dispuestos para la próxima misa, la pila bautismal, etcétera, conformarían un cuadro muy próximo a su cosmovisión cristiana medieval. Sin duda, encontraría algunas advocaciones desconocidas para él, un derroche inusual de dorados y un exceso de elementos decorativos, pero, en lo esencial, un paisaje muy familiar presidido por la Madonna, la madre de Cristo, corredentora de la Humanidad e intercesora de los hombres. Si Dante hubiera entrado en alguna de las misiones, su mirada se habría detenido en algunos cuadros singulares.

Los inventarios de las misiones de 1773, testamentos de un mundo en extinción redactados por albaceas (franciscanos y dominicos), obligados por el prudente virrey sevillano Antonio de Bucareli a converger en un acuerdo y a dividir el sueño evangelizador jesuita (los hijos del santo de Guzmán heredaron las misiones de la Compañía de Jesús de la península de Baja California, mientras los franciscanos se encaminaron hacia la incierta pero prometidora Nueva California), recogen los lienzos que se exhibían en las paredes de las iglesias, capillas y sacristías californianas. En Loreto, sobre la pila del agua bendita, el redactor del inventario señala la existencia de dos lienzos grandes: “de Gloria e Infierno”. En San Francisco Xavier, el inventario informa de: “Dos lienzos nuevos de buen pincel, como de cinco varas de largo y cuatro de ancho, con sus bastidores, el uno de la Gloria y el otro del Infierno”. Por último, en la misión de San Ignacio, el correspondiente inventario recoge que en el cuerpo de la iglesia hay dos cuadros grandes: “en el uno se representa el Infierno y en el otro el juicio universal”¹. Además de estos ejemplos de los dos principales destinos del imaginario cristiano, que forman parte de la geografía maravillosa elaborada por los padres de la Iglesia durante siglos, Dante reconocería el infierno en otro cuadro de gran popularidad en California: la advocación mariana de la Virgen de la Luz, difundida por los jesuitas en Nueva España hasta 1767, año de su expulsión. Esta Virgen, originalmente pintada, aunque más tarde fue también representada en escultura, llevaba al niño Dios en un brazo, mientras utilizaba el otro para sacar a un alma en pena de las llamas del Infierno, representado por la monstruosa cabeza de un dragón, cuya boca, franqueada por afilados dientes,

¹ Eligio M. Coronado (ed.), *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773*, Palma de Mallorca. Institut d'Estudis Balearics, 1987, pp. 32, 58 y 130.

dejaba ver las llamaradas. Por si esta acción no dejase de impactar en los devotos ojos del neófito o del poblador californiano, el divino Niño agarraba un corazón (una alma) de una cesta llena de los mencionados órganos que le presentaba, solícito, un ángel. La Virgen de la Luz aparece recogida en los inventarios de las iglesias de Loreto, San Francisco Xavier (“Un lienzo con su media caña como de una vara, de Nuestra Señora de la Luz, adornado con listón de tela de plata”) y Santa Rosalía de Mulegé².

Sin Dante Alighieri (1265-1321), las imágenes del Infierno, del Cielo y del Purgatorio serían menos conocidas para la cultura occidental, y, por extensión, para los jesuitas y los californios. El escritor italiano, al igual que los ignacianos en los programas iconográficos de sus misiones, recoge en el poema místico *La Divina Comedia* lo que consideraba el paradigma religioso, moral y cosmológico de su tiempo. Gracias a sus dotes literarias, el escritor italiano elaboró un gran retablo que abarcaba la totalidad de la Creación, uniendo diversos principios de la teología cristiana con los elementos de la astronomía clásica. El universo geocéntrico de Aristóteles se convierte para Dante en una estructura simbólica que, partiendo de la Tierra, se desarrolla en figuras circulares en dos direcciones contrapuestas: hacia el exterior, hasta alcanzar el trono de Dios, y hacia el interior de la Tierra, hasta llegar al Infierno. *La Divina Comedia* describe toda la jerarquía cristiana del Ser, el cual, partiendo del Infierno, hogar de Satanás, situado en las profundidades de la Tierra material, recorre el monte del Purgatorio hasta alcanzar, a través de varias escuadras de ángeles, al Dios supremo en el Paraíso: la esfera celestial superior. Este esquema tuvo un gran impacto en el imaginario cristiano, que, elaborado a través de los siglos anteriores a Dante como mestizaje de numerosas herencias culturales y contribuciones de importantes pensadores cristianos, encuentra en el escritor italiano la suprema elaboración literaria.

Dante diseña el universo según un esquema moral, que se corresponde con un esquema físico: la serie de esferas concéntricas. Dios estaba lejos, en los cielos; el Diablo, abajo y adentro, aunque podía subir hasta la superficie de la Tierra para tentar a los cristianos. Al vivir en gracia de Dios, las almas ascendían hasta la luz, la verdad y el amor; por el contrario, el lastre de los pecados las empujaba hacia el abismo de odio, tinieblas y tormentos. Siguiendo el axioma

² Enrique Giménez López. "La devoción a la Madre Santísima de la Luz: un aspecto de la represión del jesuitismo en la España de Carlos III", en Enrique Giménez López (ed.), *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*. Alicante, Universidad de Alicante, 1997, pp.213-228.

de Aristóteles de que: "El fin de todo movimiento debe ser uno de los cuerpos divinos que se mueven en el cielo", Dante lo reelabora y lo impregna de significación cristiana en su obra capital, escribiendo un poema épico fundamental para la cultura occidental. Esta relación entre el hombre y sus vivencias por una parte, y el Cielo estrellado y el Infierno tenebroso por otra, es un esquema que a grandes rasgos se introduce en la California misional del siglo XVIII. Por ello, al estudiarla en este trabajo, tenemos que hablar tanto de un mundo, como de una visión del mundo, o, mejor dicho, de visiones del mundo, porque, a pesar del proceso de aculturación que sufrieron los indígenas californios, nunca perdieron del todo sus cosmovisiones originales. A éstas últimas habría que agregarles las elaboradas por los foráneos llegados a lo largo del siglo XVIII (diversos europeos, españoles peninsulares, criollos y mestizos, indios del Norte y Centro de México, filipinos, anglosajones, etcétera) y por los nacidos en la península californiana, fruto de diversas relaciones interétnicas, quienes también construyeron sus propias visiones como resultado de numerosas herencias y mestizajes, si bien hay que afirmar que el elemento predominante y cohesionador fue el Catolicismo contrarreformista o posttridentino.

Como señaló Lucien Febvre en el prólogo de su clásica obra *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rebeláis*: "Cada época se fabrica mentalmente su universo. Y no lo fabrica únicamente con todos los materiales de que dispone, con todos los acontecimientos -verdaderos o falsos- que ha heredado o que acaban de producirse. Lo fabrica también con sus propios dones, con su propio ingenio, con sus cualidades, con sus curiosidades, con todo lo que la distingue de épocas anteriores"³ Pues bien, en las próximas páginas estudiaremos algunos aspectos del imaginario jesuita y analizaremos gran parte de las imágenes que construyeron sobre la California, península situada a mano diestra de las Indias que evangelizaron y en gran medida incorporaron a la cultura occidental⁴. Insisteré sobre todo en las imágenes del cielo y el paraíso, remitiendo al

³ Publicado en la editorial Akal, Madrid, 1993. La cita escogida se encuentra en las páginas 7 y 8.

⁴ Evelyn Plantegean ha señalado que: "El campo de lo imaginario está constituido por el conjunto de representaciones que desbordan el límite trazado por los testimonios de la experiencia y los encadenamientos deductivos que estos autorizan. Lo que significa que cada cultura, y por tanto cada sociedad e incluso cada nivel de la sociedad compleja tiene su imaginario [...] el límite entre lo real y lo imaginario se manifiesta variable, mientras que el territorio que atraviesa sigue siendo, por el contrario, siempre y por doquier idéntico, pues no es otro que el campo de la experiencia humana desde lo más colectivamente social hasta lo más íntimamente personal", en "La historia de lo imaginario", Jacques Le Goff y Jacques Revel (coordinadores). *La nueva historia*. Bilbao, Mensajero, 1988, p.302. Sobre el tema, véase Carmen Nava y Mario Alejandro Carrillo (coordinadores), *México en el imaginario*. México, CENCA-GRESAL-UAM, 1995.

lector a otros trabajos sobre el demonio que aparecerán en breve y que aquí resumo. La mayoría de las fuentes que he utilizado son escritas, por ello me parece pertinente decir dos palabras sobre las crónicas coloniales. Como ha señalado Ludwig Josef Wittgenstein, entender una palabra es hacer que el otro la entienda: es llegar a un consenso con el lector para determinar sus posibles empleos. Así, aunque los relatos traten de países desconocidos y pueblos lejanos, el autor elimina la distancia y el exotismo al utilizar códigos familiares que se reactivan en el proceso de la comunicación. La Compañía de Jesús no fue ajena, sino todo lo contrario, a esta práctica, elaborando un discurso californiano que es importante analizar para poder progresar en el pasado peninsular. Los historiadores querían escribir crónicas “creíbles” más que verdaderas, de ahí la evolución de forma y contenido que se descubre entre las primeras cartas de Salvatierra editadas por los jesuitas en México a finalizar el siglo XVII -esto es, en los albores de la conquista espiritual de California- y las historias de los ignacianos exiliados, escritas en el último tercio del siglo XVIII en España, Italia o Alemania.

Muchas de las imágenes y ejemplos utilizados en este estudio proceden de estas crónicas, escritas no para ser leídas por los californios (ni de hoy ni de ayer), y menos como depósito de noticias que hiciera más fácil la labor de los historiadores, sino como mensajes codificados y simbólicos para enseñar, convencer y motivar (“mover” diría santa Teresa) a los católicos de México y Europa. El que pocos de estos escritores hubieran conocido la California y hubieran tenido alguna vez experiencias misionales con “bárbaros” incultos, no era obstáculo en la época para que sus páginas fuesen leídas con menos autoridad. Así, hoy por hoy, conocemos más lo que pensaba un grupo de escritores jesuitas sobre la lejana provincia misionera, que lo que los propios actores realmente sentían. El problema en el futuro será el de desentrañar las redes de información que se tejieron entre misioneros y escritores, la originalidad y elaboraciones posteriores de esas informaciones, la disposición de los datos en varios géneros literarios (y sus resultados finales) y la recepción de estos textos por los lectores.

Para abordar este problema (imágenes, discursos y métodos evangelizadores) voy a analizar, en primer lugar, la figura del Diablo, de los demonios y del Infierno en los escritos jesuitas. La presencia escasa, pero contundente, de éstas figuras en los primeros libros que difunden las acciones de los jesuitas, dejan paso, a partir del primer cuarto del siglo XVIII, a una explosión demoniaca, que coincidirá en el tiempo con su decadencia en otras regiones americanas. Por últi-

mo, reseñaremos la pleamar del demonio californiano en los libros de los ignacianos expulsados: Baegert, Clavijero, Alegre y Barco. Este desembarco demoníaco tendrá su contrapartida celeste: vírgenes y santos, reliquias y cuadros, estampas y altares, misiones y capillas, campanas y cruces invadirán la península. Pero, ¿qué importancia tuvo la California en el ilustrado siglo dieciocho? ¿A qué responde la enorme cantidad de papel impreso, cuando sólo la habitaban unos pocos centenares de colonos?

Además de su posición geoestratégica en el Noroeste norteamericano, territorio deseado primero por los rusos y después por los angloamericanos, la California era una península importante por su función fronteriza, similar a la que desempeñaron las Hespérides en la Edad Clásica. Estas míticas islas se situaban en los confines occidentales de la tierra habitada, la *oikouménē* de los griegos, y en ellas se situaba un jardín con manzanas de oro⁵. En estos extremos, los griegos imaginaron pueblos míticos, dotados con cualidades salvajes y rasgos bárbaros: grifos, cinocéfalos, salvajes Cálibes, fieras amazonas, lotófagos, las Gorgonas, etcétera, pero también lugares maravillosos, como la isla de Gerión, las islas de los Bienaventurados y la Atlántida de Platón. Países de dioses, países de muertos, en definitiva, países maravillosos. Pues bien, si recopilamos los escritos sobre la California en el siglo XVIII en el Viejo y Nuevo Mundo, de nuevo encontraremos las más extremas interpretaciones, desde el paraíso divino al infernal desierto, y junto a las alabanzas a la naturaleza, juicios tan negativos sobre el indígena californio como los escritos por el abate italiano Ferdinando Galiani en una carta fechada el 12 de octubre de 1776, es decir, en plena Ilustración. Según el abate, el indio de California, como en general todo ser no civilizado, es todavía un verdadero bruto, y ni siquiera un hombre propiamente, si no: "le plus espiègle, le plus malin et le plus adroit des singes": el más despierto, el más astuto y el más hábil de los monos, o lo que es lo mismo, el

⁵ Las Hespérides fueron identificadas con las islas Canarias. El humanista sevillano Pedro de Medina (s. XVI) escribió en su libro *Grandezas de España*, que: "Cuando el rey Hisperio partió de España y se pasó a Italia, por la venida de Athlas, no teniendo tiempo para recoger lo que tenía, dejó acá tres hijas llamadas Hesperias, por el nombre de su padre Hisperio. Éstas, con la mejor diligencia que pudieron, recogieron todos los tesoros que tenían, y embarcándose pasaron a las islas que agora llamamos Canarias, y entonces por ellas fueron llamadas Hespérides; y por tener muy gran riqueza que habían llevado, fingieron los poetas que en estas islas estaban las manzanas de oro y les dijeron islas de buenaventura" (Edición de A. González Palencia, 1944, p.68). Sobre el tema, véase el libro de Marcos Martínez Hernández, *Canarias en la Mitología. Historia mítica del archipiélago*. Santa Cruz de Tenerife. Cabildo Insular de Tenerife-Centro de la Cultura Popular Canaria, 1992.

eslabón entre el animal y el hombre⁶. De nuevo, pues, nos encontramos ante unas modernas Hespérides que los descubridores españoles, recién salidos de la Baja Edad Media, bautizaron como California en recuerdo de una isla habitada por mujeres guerreras que aparecía en la popular novela de caballería *Las Sergas de Esplandián*⁷.

2. DEMONIOS EUROPEOS, DEMONIOS AMERICANOS⁸.

La llegada del discurso teológico occidental al México del siglo XVI - como su extensión a la península californiana en el siglo XVIII- fue uno de los fenómenos históricos ligados al proceso de conquista y colonización. Dentro de ese discurso -oficial de la Iglesia católica, pero también aceptado como ideología del imperio- cobra especial preponderancia la figura del demonio, pues justifica el pecado original, narrado en el Génesis, y, en consecuencia, la Redención y la Iglesia. Esta última admite hoy en día que la actuación del Diablo puede causar graves daños en los hombres por odio contra Dios “de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física”. Sin embargo, muchos son los que han creído y creen en las maldades físicas directas del Diablo, una realidad tangible como las tentaciones internas.

Esta tradición debe mucho a los eremitas retirados en los desiertos y a los fundadores del monasticismo, como san Antonio (251-356). La narración de su agitada vida por Atanasio, obispo de Alejandría, alrededor del año 360, es una sucesión de encuentros e infortunios con los demonios, quienes no dejaron de tentarle y de molestarle durante toda la vida para impedir el fin de su retirada a los desiertos: la contemplación de Dios. En esta batalla, los demonios adoptaron las figuras más diversas (bestias, niños, doncellas, etcétera) y crearon imágenes y fantasías en la mente del eremita según su edad y circunstancias. Lo maravilloso y lo real se confunden y tienen el mismo fin en esta lucha sin cuartel; para librarse, san Antonio hizo retroceder a los demonios tanto con la oración como a golpe limpio. Pero, además, hay una circunstancia que luego veremos renacer en el norte de México y en California: los padres se refugiaron en el desierto,

⁶ Antonello Gerbi. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. México. Fondo de Cultura Económica. 1982. p.154.

⁷ Garcí Rodríguez de Montalvo. *Las Sergas de Esplandián*. edición facsimilar, estudio de Salvador Bernabéu

⁸ Albert. Madrid. *Doce Calles-Instituto de Cultura de Baja California*, 1998.

morada por excelencia del Diablo, pues en estas regiones desoladas situaron los evangelistas las tentaciones de Jesús. San Mateo lo relata en el capítulo cuarto de su Evangelio: “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo”. No es extraño, por tanto, que los desiertos fueran identificados con la morada por excelencia del Diablo, y su aridez se considerara en la tradición occidental como una prueba más de la no-vida que representaba el Mal. Por extensión, en el México del siglo XVIII, como ya ampliaremos más adelante, los demonios se refugiaron en los áridos paisajes de la frontera septentrional, regiones de escasa población debido a la falta de agua y alimentos.

El Diablo desembarcó en el virreinato de la Nueva España materializado y enriquecido por los grandes procesos de herejía y brujería que caracterizaron a la Edad Media y al Renacimiento. Como ha señalado Jean Delumeau, el Descubrimiento de América coincidió temporalmente con el ascenso del miedo al Diablo en la Europa Occidental⁹. Su inquietante presencia acompañó a Colón en sus primeras visiones de América y posteriormente se instaló en el nuevo continente con gran éxito, elaborándose su imagen y atributos, después de 1492, con nuevos rasgos extraídos de las culturas prehispánicas¹⁰. Como señaló el jesuita José de Acosta, honrar y servir a sus ídolos y al demonio “es lo mismo”. Por ello, los misioneros debían aguzar el ingenio y perfeccionar los métodos misionales para descubrir la presencia demoniaca en todos los aspectos de la vida, por trivial que fuese, con el fin de derrotar al Maligno e impedir que sobreviviesen restos de la idolatría en el culto cristiano gracias al sincretismo. En consecuencia, según el discurso teológico que se impone -triunfando la tesis acostista en detrimento de otras opiniones más moderadas, como la de Bartolomé de Las Casas, que sostuvo que la idolatría era consustancial al hombre-, el Nuevo Mundo se convierte en la última guarida del demonio, cuya soberanía se quiebra con el descubrimiento y la evangelización de América, dando paso a un nuevo capítulo de la secular batalla entre Dios y Satán.

Las primeras alusiones a los demonios y al Infierno en el discurso jesuita aparecieron tempranamente. Tan sólo unos meses más tarde de la fundación de la misión de Nuestra Señora de Loreto (1697), se imprimió el libro *Copia de*

⁹ Jean Delumeau. *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*. Madrid. Taurus. 1989. pp.361-392

¹⁰ Laura de Mello e Souza. *Inferno Atlántico. Demonologia e colonização. Séculos XVI-XVIII*. Sao Paulo. Companhia das Letras. 1993.

cuatro cartas de el padre Juan María de Salvatierra (México, Imprenta de Juan Guillermo Carrascoso, 1698). La primera carta, fechada el 28 de noviembre de 1697, estaba dirigida al virrey Sarmiento. Salvatierra le da cuenta del primer mes y medio de estancia en aquel “pedazo de tierra”, donde se producía el encuentro entre “bárbaros” y “pobres conquistadores”, para los que pide algún galardón o paga extraordinaria por parte del Rey. La misma demanda reitera el misionero ignaciano a la virreina, la duquesa de Sessar, en la segunda carta, afirmando sin ambigüedades que: “Esta Conquista depende de los ánimos en México y de sus limosnas”. En la última carta es donde encontramos la primera alusión al demonio, el cual aparece en el más neotestamentario de sus papeles: la tentación. Según el misionero, los padres habrían repartido a diario un almud de maíz cocido y varios puñados sin cocinar como limosna, pero: “como los indios son voracísimos con el maíz, empezó el demonio a tentarlos por ese lado y, viéndonos pocos, pensaron que por miedo les daríamos cuanto maíz quisieran”¹¹. Esta tentación daría origen a las primeras enemistades entre el grupo misional y los indígenas, que desembocaron en el primer ataque al incipiente establecimiento misional. Sin embargo, será en la cuarta carta, dirigida a Juan Caballero y Ocio, donde Salvatierra califique a la California del “reino perdido de Luzbel”.

Sin embargo, será a mediados de siglo, y tras la rebelión de los californios de 1734, cuando aumenta el demonismo californiano en los cronistas jesuitas. Uno de los más importantes fue Sigismundo Taraval (1700-1763), italiano de nacimiento, pero de ascendencia española, quien fundó la misión de Santa Rosa de Todos Santos (1733-34) y participó en diversas exploraciones de parajes desconocidos, actividades que le reportaron un buen conocimiento del sur de la península de Baja California. En el año 1734 fue protagonista de las revueltas indígenas que acabaron con la destrucción de varias misiones y las vidas de dos ignacianos: Lorenzo Carranco y Nicolás Tavaral. Se trataba de los primeros mártires de la evangelización californiana, suceso que el discurso ignaciano no tardó en incorporar a sus anales misionales dado el hondo significado que este hecho tenía para el cristianismo desde sus primeros siglos. Sin embargo, la relación que Sigismundo Taraval hizo de los eventos quedó inédita hasta este siglo (y en castellano hasta 1996), aunque circuló manuscrita entre algunos jesuitas, como Miguel Venegas y Juan Antonio Balthasar¹². El porqué no se publicó es todavía

¹¹ Luis Sánchez Vázquez. Salvatierra. 300 años. Mexicali, ISEP-Instituto Salvatierra, 1997. p.178.

¹² Sigismundo Taraval. S.J., La rebelión de los Californios, edición de Eligio Moisés Coronado. Aranjuez. Editorial Doce Calles, 1996.

un misterio -quizás nunca se elaboró como libro y sólo se trataba de un informe interno-, pero lo que quisiera destacar ahora es, primero, la enorme presencia del demonio y, segundo, la visión menos optimista -e incluso catastrofista en algunos pasajes- que el padre italiano ofrece del momento histórico que le tocó vivir en California. Hasta en cincuenta y dos ocasiones aparece la palabra demonio y su plural demonios, mientras Lucifer lo hace en dos.

La narración tiene como principal objetivo contar y descifrar la rebelión de los indios californios, la que Taraval considera inspirada por el Maligno en el marco de una activa intervención divina en el curso de la historia. Para el jesuita, las fuerzas del bien y del mal actúan constantemente en la vida de los hombres, creencia común entre los ignacianos que James T. Moore ha bautizado, en su obra *Indian and Jesuit*, como: “la realidad inmediata del mundo invisible”¹³. El jesuita parte de la idea de la intervención de la Providencia en el crecimiento y difusión de la cristiandad. Así, todos los sucesos históricos son expresiones de los designios inescrutables de Dios, quien realiza, en el marco de la Salvación de los hombres, actos que pueden hacer dudar de su presencia y su divina bondad. El texto taravaliano es una invasión de lo sobrenatural y maravilloso en la península californiana, no habiendo lugar para la iniciativa humana, tendencia que inauguró otro cronista del norte de México, el padre Andrés Pérez de Rivas, autor de la *Historia de los triumphos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe* (1645), dedicada a relatar la empresa misionera de la Compañía de Jesús en el Septentrión Novohispano entre 1590 y 1645. La obra relata las estrategias del demonio para impedir el triunfo de la fe a través de la vida de varios misioneros, quienes padecieron sus artimañas a semejanza de los primeros padres del desierto.

Un aspecto que me interesa destacar de este texto es el escenario en donde se desarrolla: las áridas regiones del Noroeste de México (“secos y horribles despoblados, faltos de agua ya por medio de espesos arcabucos y espinosas selvas; otros por marismas y médanos ardientes de arena, sedientos de la salud de estas almas”); pues no en vano los evangelistas habían situado en el desierto la tentación del Diablo a Jesús. Por tanto, no era difícil el asimilar el desierto con la morada de los demonios; y su conquista espiritual con una tarea primordial de

¹³ Citado por Daniel T. Reef. "La representación de la cultura indígena en el discurso jesuita del siglo XVII". *La Compañía de Jesús en América: Evangelización y Justicia. Siglos XVII y XVIII*. Córdoba. Imprenta San Pablo, 1993, pp.307-314.

las legiones que se autodenominaban de Cristo. Pero, además, para la tradición judeo-cristiana, el desierto era morada de los eremitas, de los santos padres que recibieron la santidad en combate con los demonios tras su resistencia a las tentaciones de los infernales. "Los jesuitas evangelizadores de América -señala Guy Rozat- se acordarán de esta lección y la tentación de la marcha al desierto permanecerá viva en los ánimos más exaltados, incluso el vaivén predicación urbana/retiro espiritual al desierto, es una constante de la aspiración mística cristiana desde la época de los padres del desierto"¹⁴. Por otra parte, a falta de templos e ídolos que destruir, los jesuitas persiguieron a los curanderos y a los hechiceros indígenas, quienes encarnaban -según Pérez de Ribas- el pacto con el demonio. La opinión de Ribas será compartida por otro escritor prolífico: Miguel Venegas, hombre clave en la historia y la memoria de California.

3. AUJE Y DECADENCIA DEL DEMONISMO CALIFORNIANO.

De naturaleza enfermiza, Miguel Venegas vivió gran parte de su vida retirado en la hacienda de Chicomocelo, en donde redactó una extensa obra, en la que sobresale, aparte de sus escritos sobre California, un famoso Manual de Párrocos que tuvo varias ediciones en los siglos XVIII y XIX. Los deseos de Venegas de evangelizar a los californios se transformaron, tras su recogimiento en la hacienda, en un servicio literario a la causa de los jesuitas de la península, y en verdad que sus deseos debían de ser muchos, porque sus escritos californianos fueron muy voluminosos. El jesuita poblano reunió una información muy completa, la cual dispuso en un largo y prolijo texto de 671 páginas, que tituló: *Empresas Apostólicas de los padres misioneros de la Compañía de Jesús, de la provincia de Nueva España obradas en la conquista de Californias*. La obra nunca se ha editado, salvo en forma facsimilar y sólo atendiendo a uno de los ejemplares que se conservan¹⁵, si bien sus informaciones y comentarios son conocidos en buena parte gracias a la edición revisada y ampliada que hizo el padre Andrés Marco Burriel en Madrid, el año 1757, con el título de *Noticias de la California*, y a las numerosas citas que se pueden encontrar en los escritos de

¹⁴ Guy Rozat, "Historia y literatura apologeticas. Algunas cuestiones de método", *Historia y grafía*, 2 (1994), págs.80-99. Sobre el desierto imaginario, véase el capítulo II ("El desierto y el bosque en el Occidente medieval") del libro de Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona. Gedisa. 1994. pp.25-39.

¹⁵ Hay una edición facsimil de "Empresas Apostólicas", publicada en las *Obras Californianas del Padre Miguel Venegas*, S.J., edición y estudios de W. Michael Mathes. La Paz. Universidad Autónoma de Baja California Sur. 1979, vol.IV.

otros jesuitas de la provincia de Nueva España. Las alusiones a los demonios en la obra de Venegas son muy numerosas, pero me interesan destacar dos novedades: el esfuerzo por estudiar y clasificar los aspectos religiosos de las diferentes rancherías indígenas que poblaban la península, resaltando especialmente sus ideas sobre el Mal; y, por otra parte, las numerosas disquisiciones que aparecen salteadas a lo largo del texto en las que Venegas se plantea cuál es el papel del Diablo en el proceso evangelizador de California.

Uno de los episodios más interesantes recogidos por Venegas en sus Empresas Apostólicas es la aparición física del infernal en un lugar concreto de la California. El hecho sucedió en el pueblo de San Miguel, próximo a la misión de San Francisco Xavier, donde trabajaba el padre Nicolás Tamaral. Al anocheecer, cuando varios jóvenes catecúmenos descansaban en la entrada de la iglesia de la misión, apareció un “bulto disforme” que llamó a uno de ellos por su nombre: Juan Bautista. El californio se acercó sin recelo por ver quién lo llamaba, cuando aquel “monstruo infernal” lo agarró violentamente y se lo llevó arrastrando por una sementera de maíz. El resto de sus compañeros le gritaron: “dí Jesús, dí Jesús”, pero Juan Bautista desapareció, por lo que sacaron una imagen de La Purísima que había en la iglesia y la orientaron hacia la parte por donde neófito y demonio habían desaparecido; a continuación, comenzaron a rezar. Entonces, el demonio dejó al muchacho, que fue recogido algo maltrecho por sus compañeros, explicando que no podía decir el nombre de Jesús porque el infernal le tenía tapada la boca. Dentro de este relato, llama la atención la descripción que el californio dejó del demonio: “Luego, dando las señas de él, dixo: que tenía en la cabeza cuernos como de vaca, y los pies también como de vaca, y todo el cuerpo lleno de pelos, y que echaba de sí un hedor como el de la pólvora cuando se quema”. El suceso, que fue visto por indios y algunos españoles que acompañaban al padre, fue originado, según Venegas, porque un hechicero local había sido reprendido y obligado a entregar sus instrumentos. Posteriormente, el padre conjuró el carrizal y puso una cruz bendita, ya que algunas noches se oían ruidos: “como si anduvieran por dentro muchas pjaras de cerdones paciendo y gruñendo”, cuando por entonces esos animales no se conocían en el pueblo de San Miguel¹⁶. Como es el único caso de exorcismo que conozco en California, me he detenido en él, ya que se trata de un hecho muy interesante, pues, como señala Peter Brown, el exorcismo era un indicio irrefutable de

¹⁶ Miguel Venegas. "Empresas Apostólicas". op. cit., ff.299-300

la praesentia o presencia física de lo sagrado: “la única demostración del poder de Dios, cuya autoridad era inatacable”¹⁷.

Pero sigamos adelante. Miguel Venegas estaba convencido de la comunicación de los hechiceros californianos con los demonios. Aquéllos eran los servidores de éstos, por lo que había que perseguirlos, obligarlos a entrar en la grey cristiana y destruir sus vestimentas y objetos ceremoniales. El jesuita cree, además, en una evangelización prejesuita, de la cual, los indígenas guardarían un vago recuerdo. Por ello, reúne y clasifica con gran esmero las informaciones que le llegan de California acerca de la religión nativa, pues: “en los dichos dogmas gentílicos se halla, aunque desfigurada, la substancia de muchas verdades católicas”. Este enorme trabajo, sin embargo, será desautorizado y rechazado por los cronistas jesuitas que escribieron sobre la península de Baja California en el exilio europeo. Estos últimos creen en su existencia, en su actuación en la nueva provincia misional, pero no hay esa invasión de lo sobrenatural como en autores anteriores. El padre Andrés Marco Burriel, encargado de disponer las *Empresas Apostólicas* de Miguel Venegas para su publicación en España, recorta numerosos episodios y referencias a los demonios, en particular las que trataban de las concepciones del Mal por los distintos pueblos indígenas. Las recoge en su *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente* (Madrid, 1757), pero muy reducidas en comparación con el manuscrito original. Como cualquier lector podrá comprobar, la distancia que separa al primer autor (Venegas, en México) de su revisor (Burriel, en España) es muy grande. Esta misma tendencia a disminuir la importancia del Diablo en el pasado y el presente de California queda recogida en la obra de cuatro jesuitas expulsos: Juan Jacobo Baegert, Miguel del Barco, Francisco Javier Alegre y Francisco Javier Clavijero¹⁸. Si en los tres primeros las menciones a los demonios son anecdóticas, éste último nos ilustra el cambio producido en los jesuitas:

¹⁷ Peter Brown, *The Cult of the Saints: Its Rise and Function in Latin Christianity*. Londres. 1981. pp.106-107

¹⁸ La obra de Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California* ha sido publicada en La Paz. Gobierno del Estado de Baja California Sur. 1989 (primera edición en México. 1942). El título original es *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien* (Mannheim. 1772). Miguel del Barco escribió *Historia natural y crónica de la Antigua California*. edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla. México. UNAM. 1988. Por su parte, Francisco Javier Alegre es autor de la famosa *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, México, impresa por J.M. Lara. 1842. Por último, Francisco Javier Clavijero firmó la *Historia de la Antigua o Baja California*. edición de Xavier Cacho. México, Universidad Iberoamericana, 1986.

“Mucho menos creo que el viaje de los aztecas se ejecutase, como dicen comúnmente los autores, por orden expresa del demonio. Los buenos historiadores del siglo XVI y los que después los han copiado, suponen como indubitable el trato continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo Mundo, y apenas refieren suceso alguno en que no le hagan entrar como autor principal. Pero, aunque es cierto que la malignidad de esos espíritus se esfuerza en hacer cuanto mal puede a los hombres y que algunas veces se les han representado en forma visible para seducirlos, especialmente a aquéllos que aún no han entrado por la regeneración en gremio de la Iglesia, no resulta creíble que esas representaciones fuesen tan frecuentes, ni su comercio tan franco con aquellas naciones, como suponen los historiadores; porque Dios, que vela con amorosa providencia sobre sus criaturas, no permite a aquellos capitales enemigos del género humano tanta libertad para dañar. Por tanto no extrañen los lectores que hubieren leído algunos sucesos de esta historia en otros autores, que no me conforme en este punto con su credulidad. No debo creer que intervino el demonio en algún suceso por el testimonio de algunos historiadores mexicanos, a quienes las ideas supersticiosas de que estaba poseído su espíritu, o la superchería de los sacerdotes, que es común en las naciones idólatras, pudo fácilmente inducir en error”¹⁹.

Una pregunta queda en el aire: ¿este cambio se debe a la influencia de un nuevo “contexto cultural” o a una disminución del demonismo en los jesuitas de finales del siglo XVIII de forma autónoma? En mi opinión, el cambio experimentado se puede explicar gracias a una mudanza en la mentalidad occidental, que Robert Mandrou ha demostrado para la Francia del siglo XVII. El historiador francés señala en su obra *Magistrat et sorciers en France au XVIII siècle. Une analyse de psychologie historique* (1980), que poco a poco se impuso en los magistrados del tribunal de París una actitud más preventiva hacia los casos de brujería para impedir que fuesen ellos mismos también objetos de las fantasías que el demonio inspiraba en los acusados. En consecuencia, se impuso una actitud más prudente en los juicios y un mayor cuidado en las indagaciones, triunfando una visión más racional de la existencia en detrimento de una concepción de la vida humana que implicaba la presencia sobrenatural (Dios o el diablo) en

¹⁹ En la Historia de la Antigua o Baja California, el mexicano Francisco Xavier Clavijero cita la palabra demonio sólo en tres ocasiones y las tres para negar a Venegas. Por ejemplo, rechaza la autoridad de los guamas o charlatanes, que no eran ni sacerdotes, porque no había culto a la divinidad ni ejercicio alguno de la religión, ni brujos, pues en virtud de los informes dados por los misioneros más hábiles se sabe: “que no tenían comercio alguno con el demonio, aunque por su propio interés fingían tenerle. Sin embargo, eran muy embusteros y malvados, y opusieron grande resistencia a la introducción del Evangelio”

todos los acontecimientos. Se restituyó al hombre y a la naturaleza una autonomía que hacía imposible la confusión anteriormente admitida entre lo natural y lo sobrenatural²⁰.

Laura de Mello ha detectado este mismo cambio en Brasil, pues a pesar de aumentar los casos -especialmente en las regiones económicamente más pujantes-, cambiaron las actitudes por presiones de los nuevos dirigentes ilustrados de la metrópoli, que culminó con la imposición del Regimiento de 1774. Siguiendo a Mandrou, la historiadora brasileña subraya la aparición de la tesis de la irresponsabilidad de los hechiceros, convirtiéndolos en ridículos. Laura de Mello demuestra con numerosos casos la aparición de una actitud paternalista y despreciativa hacia los colonos: “gente ruda, negra, india o mestiza, incapaz de percibir la complejidad de la fe, tener juicio o penetrar en el plano espiritual más depurado”²¹. Ese cambio de actitud de los inquisidores hacia los colonos, que la historiadora sitúa entre la Ley del Directorio de los indios (1758) y la imposición del nuevo Regimiento (1774), terminaba con dos siglos de intransigencia y persecuciones, pero conservaba el perjuicio hacia la inferioridad de los habitantes de la colonia: “Se desentrañaba así la condición colonial para ridiculizarla y, una vez más, mantener el dominio sobre el mundo ultramarino”²².

Al leer esta tesis de la historiadora brasileña, no dejo de encontrar la misma semejanza en algunos misioneros de California, como el ya citado Baegert, quien calificó a los californios de: “tontos, torpes, toscos, sucios, insolentes, ingratos, mentirosos, pillos, perezosos en extremo, grandes habladores y, en cuanto a su inteligencia y actividad, como quien dice, niños hasta la tumba”, y a sus danzas de: “ridículo caminar hacia adelante, hacia atrás y en círculos”²³.

²⁰ "Ce siècle d'hésitations, voire de tergiversations en partie inavouées, de polémiques et de contraintes représente la durée d'une déstructuration: le temps qui a été nécessaire à l'élite intellectuelle constituée par la haute magistrature pour admettre que la démonologie traditionnelle illustrée par les Bodin, Bogue, Duplex, Le Loyer, Rémy, ait pu constituer un corpus juridique d'erreurs: c'est-à-dire pour s'avouer à elle-même que les précédents les plus célèbres en ce domaine pouvaient être récusés au bénéfice d'une conception plus prudente de ce crime et d'une instruction des preuves plus exigeante; le temps nécessaire aussi pour reconnaître comme erronée une certaine conception de la vie humaine, impliquant une omniprésence surnaturelle (de Dieu ou du Diable) dans tous les événements; et la remplacer par une vision plus raisonnée de l'existence". Magistrats et sorciers...Paris, Editions du Seuil, 1980, p.540.

²¹ Laura de Mello e Souza. El diablo en la tierra de Santa Cruz. Madrid, Alianza América, 1992. p.299.

²² Mello. El diablo en la tierra. op. cit., p.300.

²³ Baegert, Noticias de la provincia. op. cit., pp.109 y 122.

Otro ejemplo es el dominico Luis de Sales, quien señala en sus Cartas desde la península de California (1794) que: “En esta pues Provincia se han visto algunos hombres, en quienes existe una noticia confusa de la Religión; pero desfigurada con mil extravagancias, y con unas especies tan ridículas, que causan risa aun á los hombres mas serios” (Carta I, p.54)²⁴. La risa de Sales es sumamente significativa y, salvando las distancias, tan reveladora como la de aquella muchacha tracia que se desternilló cuando, Tales de Mileto, ensimismado en el cielo estrellado, cayó a un pozo²⁵.

4. ASI EN CALIFORNIA COMO EN EL CIELO.

Para hacer frente a los demonios de California, los jesuitas invocaron a la Virgen de Loreto, a los santos de la Compañía, especialmente a san Francisco Xavier, san Ignacio de Loyola y san Francisco de Borja, y más tarde, a otras vírgenes y santos de la Cristiandad. El cielo descendió hasta California para animar, sostener e impulsar la empresa evangelizadora. Como consecuencia, una guerra de imágenes acompañó a los mortales ignacianos. Esta contienda de imágenes (demonios/santos, jesuitas/bárbaros, Diablo/María) no era privativa de la Compañía, pues como ha señalado Carlo Ginzburg, la obsesión por la polaridad tiene profundas raíces biológicas: “La especie humana tiende a representarse la realidad en términos de antinomias. En otras palabras, el fluir de las percepciones es expresado sobre la base de categorías netamente contrapuestas: luz/oscuridad, calor/frío, arriba/abajo”²⁶. Y, como no, Cielo e Infierno. Como complemento de esta geografía mítica, la Iglesia inventó el Purgatorio, un tercer lugar para purificar el alma antes de entrar en la Gloria. Aunque se trató de una importante novedad que fructificó en el siglo XII, no se trataba de un destino final, sino sólo de una estación temporal.

Juan María de Salvatierra, el padre fundador de la misión de California, escogió a la Virgen de Loreto para presidir la nueva evangelización, aunque los

²⁴ Edición facsimilar en Misioneros valencianos en Indias. vol.II. Valencia. Generalitat Valenciana. 1989.

²⁵ Hans Blumenberg, La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría. Valencia. Pre-Textos. 2000.

²⁶ Carlo Ginzburg. "Lo alto y lo bajo. El tema del conocimiento vedado en los siglos XVI y XVII". Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia. Barcelona, Gedisa. 1989. pp.94-116.

cronistas jesuitas se empeñaron en que Loreto eligió a Salvatierra, desechando las 22.000 advocaciones que existían en la península ibérica, todo un récord que convierten a España en la “tierra de María”²⁷. Sin embargo, hay mucho de hispanismo en la Loreto de California: por ejemplo, la insistencia en presentarla como “conquistadora”. Efectivamente, como han señalado varios autores, la veneración a la Virgen en España está unida al proceso de reconquista y de lucha contra el Islam, cuyos seguidores habían desembarcado en el año 711. Baste recordar que la definitiva derrota de los musulmanes (la toma de Granada, el 3 de enero de 1492) coincidió con el primer viaje colombino. Para entonces, la asociación entre María y conquista estaba consolidada. No en balde eran numerosísimas las tradiciones, los relatos y las imágenes que exaltaban la aparición de la imagen mariana en medio de las batallas, junto a otros santos como Miguel o Santiago, incluso interviniendo activamente en la lucha, arrojando tierra sobre los ojos de los enemigos de los cristianos.

La Contrarreforma, gestada en contra de los protestantes, quienes habían repudiado el culto a las imágenes, propició la multiplicación y el lujo de los santuarios marianos y la expansión de sus advocaciones a todas las latitudes de la Cristiandad. María se convirtió en el símbolo de la Iglesia Católica triunfadora contra los protestantes. Se le dedicaron cientos de iglesias, se coronaron sus imágenes y en su honor se celebraron miles y miles de festejos. La Virgen amplió también sus funciones de mediadora de los hombres, consuelo de los afligidos y salvadora de los que permanecían en el Purgatorio, al mismo tiempo que una gloriosa ola de visiones marianas renovaba las emociones por la Madre de Dios. De ellas, quizás la más importante para nuestro tema sea la que tuvo una monja de Agreda (Soria) perteneciente a la comunidad de las Concepcionistas, las “monjas de azul”.

Según sus piadosos biógrafos, la madre Agreda de Jesús tuvo varios encuentros con la Virgen María, quien llegó a relatarle su vida. La monja sintetizó las revelaciones marianas en el famoso libro *Mística Ciudad de Dios*, que tuvo numerosas ediciones en España, el resto de Europa y América. Pero, además, esta monja, que tenía el don de la bilocación, se aparecía a los indígenas de Nuevo México, por lo que se convirtió en un símbolo para todos los misioneros que se dirigían hacia el Septentrión Novohispano. Que los misioneros californi-

²⁷ J.A. Sánchez Pérez, *El culto mariano en España*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943, p.5

nos la leyeron y estuvieron influenciados por sus visiones y relatos, no me queda la menor duda, tras detectar las ediciones de su obra en las bibliotecas de las misiones de Loreto, San Francisco Javier, San José Comundú, Guadalupe, Santa Rosalía y Nuestra Señora de los Angeles, y una pequeña estampa de la polémica monja de Agreda en San Francisco de Borja²⁸.

Pero sigamos adelante. Loreto fue la virgen de California gracias a la elección de Salvatierra, si bien, hay que señalar a renglón seguido que no faltaron otras advocaciones tanto hispanas (la Virgen del Pilar, patrona de las misiones sudcalifornianas), como novohispanas (la Virgen de Guadalupe, la única que tendría dos misiones en la península con el tiempo: una jesuita y otra dominica). Sin embargo, al leer detenidamente los ya citados inventarios de las misiones (1773), destacan las numerosas vírgenes de los Dolores que se veneraban, bien en lienzo o bien en imagen de bulto, en toda la California: la Virgen se encuentra bajo esta advocación en diez misiones: Loreto, San Francisco Javier, San José Comundú, La Purísima Concepción, Santa Rosalía Mulegé, Guadalupe, San Ignacio, Santa Gertrudis, San José del Cabo y Santiago de los Coras. Por el contrario, la Virgen de Loreto, fuera de la misión de Loreto, sólo lo hace en dos: San Francisco Javier y Santa Gertrudis.

Junto al título de conquistadora, los escritores de la Compañía insistieron en otros símbolos marianos, como la luz y las perlas. Miguel Venegas, por ejemplo, señaló en la introducción de sus *Empresas Apostolicas* que la ocupación de la California se llamará: "La conquista Mariana, por haberse conseguido toda a la sombra de vuestro patrocinio amoroso. Por eso, siendo vos la Reina de las batallas y la señora de los ejércitos.... a vos Señora se deben los triunfos de aquel nuevo reino, avasallado, rendido y sujetado a Cristo no con la potencia de las armas, sino con las armas de vuestro poder, que todo es un poder amoroso, que rinde, vence y avasalla las voluntades de aquellos que ama para llenarlos de todo bien"²⁹. En las primeras páginas de la citada obra, Venegas realiza una interesan-

²⁸ Sobre la monja, véase T.D. Kendrick. *Mary of Agreda. The Life and Legend of a Spanish Nun*. Londres. Routledge and Kegan Paul. 1967; e Ignacio Omaechevarria. "La Madre Agreda entre los indios de Texas", en *Celtiberia*. 7 (1965), pp.7-22. Sobre las bibliotecas californianas, véase Michael Mathes. "Oasis culturales en la Antigua California. Las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773", *Estudios de Historia Novohispana*. 10 (1991). pp.369-442.

²⁹ No causará sorpresa que el jesuita poblano dedique el grueso libro a "María Santísima. reina de las batallas y señora de los ejércitos. conquistadora de nuevas gentes con el patrocinio y advocación de su santa casa y sagrada imagen de Loreto".

te comparación de Salvatierra y Loreto con, respectivamente, Débora y Barac. La historia de éstos últimos, recogida en el Antiguo Testamento, es como sigue: estando los israelitas oprimidos por los cananeos, clamaron a Dios para que los ayudase. Débora, una profetisa, mandó llamar a Barac y le dijo que reclutase a diez mil hombres para enfrentarse a los enemigos, que comandaba el general Sísara. Barac aceptó con una condición: “Si vienes tú conmigo, voy. Pero si no vienes conmigo, no voy”. La profetisa accedió, aunque le anunció que en ese caso Yahveh entregaría a Sísara gracias a una mujer, no recayendo en él la gloria. Así sucedió: el ejército de los cananeos fue derrotado y Sísara huyó y se escondió en la tienda de Jéber el quenita, cuya mujer, llamada Yael, hundió una clavija de la tienda en la sien del general enemigo mientras dormía³⁰.

La historia bíblica tiene paralelismos hasta en sus más mínimos detalles con la conquista de California. La Virgen María sería Débora, y Salvatierra, Barac: “pues assi como en la palabra de Debbora estuvo la confianza de Barac, para alcanzar victoria; assi en vuestra palabra, y en vuestra promessa estrivó la seguridad de vuestro escogido siervo para emprender la conquista de Californias”. La Virgen tendría en este drama un segundo papel, pues también sería Jahel: “Y esto mismo obrasteis en Californias con vuestra sagrada Imagen Lauretana, quando con el mesmo clavo con que se fixó en tierra vuestro tabernaculo, quedó clavado Lucifer que la enseñoreaba; para que no pudiesse mas dañar â sus moradores”³¹.

La Virgen de Loreto llevó la luz a California. Pícolo, en su informe de 1702, recoge un pasaje del Evangelio de san Lucas (I, 78-79) muy ilustrativo al respecto: “por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,/ que harán que nos visite una Luz de la altura,/ a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte/ y guiar nuestros pasos por el camino de la paz”. En otro momento de su importante texto es más explícito, calificando a Loreto tanto de Estrella de Mar de los barcos que navegaban rumbo a la península, como de “beneficio del Sol que, con la luz de su intercession, desterrara las tinieblas de la infideli-

³⁰ La historia se encuentra en “El libro de los Jueces”, pp. 267-269 de la Biblia de Jerusalén (Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976).

³¹ Venegas. *Empresas Apostolicas*, op. cit., prefacio sin paginar. Este enfoque bíblico para interpretar la historia de California hunde sus raíces en los padre griegos y en san Agustín. pues utilizó en su obra sucesos y personajes del Antiguo Testamento como tipos y figuras proféticas del Nuevo. Cualquier texto antiguo podía contener mensajes ocultos que sólo esperaban su desciframiento. Así, la Virgen fue saludada como la segunda Eva, y Jesucristo, como el segundo Adán.

dad que cegaban à los que vivían en las sombras de la muerte”³². Por último, también el padre Francisco María Pícolo sería el encargado de inaugurar las comparaciones entre la Virgen de Loreto y las perlas, las famosas perlas de California, que durante muchos años habían sido el fin de las expediciones a la península³³.

5. VISIONES Y VISITAS: ANGELITOS CALIFORNIANOS Y ALMAS EN PENA

Pero volvamos al universo de Dante, Efectivamente, al Purgatorio y al Cielo. Es difícil saber cómo se las arreglaron los misioneros para explicar estos dos lugares fundamentales del Catolicismo a los californios. Tan faltos de palabras en sus lenguas autóctonas, seguramente tuvieron que valerse de varias mañas e imágenes para que los indígenas tuvieran algún concepto general de estos territorios míticos. Los cronistas ignacianos no dejaron de incluir en sus escritos algunos comentarios, pero, como ya he señalado, estos textos estaban dirigidos a los lectores de México, España y otras latitudes con el fin de dar su visión de la península, conseguir apoyo real y limosnas, y mover el ánimo de sus compañeros para ir a misionar a la lejana península.

Desde el principio del cristianismo, sus seguidores creían en la remisión de las culpas después de la muerte, sin embargo, el camino hasta llegar a configurar la idea del Purgatorio fue muy largo y sólo se consolidó en el siglo XII. Muchos autores intervinieron en esta creación, desde Clemente de Alejandría y Orígenes hasta san Agustín y Gregorio Magno. En el último tercio de la centuria decimosegunda aparece el sustantivo *purgatorium*, dentro del marco de un cambio profundo en las sensibilidades y la mentalidad del Occidente medieval hacia el más allá, como ha estudiado Jacques Le Goff en *El nacimiento del Purgatorio*.

³² Francisco María Pícolo, Informe del Estado de la Nueva Cristiandad de California. 1702 y otros documentos, edición y notas de Ernest Burrus, S.J., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas. 1962, p.47.

³³ "Juzgaban que nosotros (que aportabamos à sus Playas en busca solo de las perlas preciosas de sus almas, para criarlas con el celestial rozio de la Divina palabra, y darles en Christo su oriente; poniendole à su vista à la Celestial Concha de MARIA que concibió para su bien con el blanco rozio del Cielo à la Perla peregrina del mejor Oriente, Christo) íbamos como otros que, en otros tiempos, y en algunos, no sin algun daño de los suyos, avian entrado en sus playas en busca de las muchas y ricas Perlas que se crian en los innumerables Plazeres de sus costas". La cita se encuentra en Pícolo, Informe del Estado, op. cit., p.48.

Dante lo imagina como un lugar antitético al Infierno, situado en una cavidad subterránea. Por el contrario, el Purgatorio es descrito como una enorme montaña que se levanta majestuosa en el hemisferio opuesto a Jerusalén, en una gran isla colocada en el centro del gran Océano, cuyas aguas cubren toda la superficie del hemisferio austral. El poeta recorre primero el Antipurgatorio, en donde encuentra a los que dejaron el arrepentimiento para el final de sus vidas. Traspasadas las puertas del verdadero Purgatorio, guardadas por un ángel, Dante recorre siete cornisas, en donde moran, por este orden, los soberbios, los envidiosos, los iracundos, los acidiosos, los avaros y pródigos, los glotones y, por último, los lujuriosos.

Los cristianos de los siglos modernos quizás no tuvieron esa imagen tan compleja del Purgatorio, pero, sin duda, todos sabían de su existencia, e incluso se arrodillaron frente a advocaciones marianas (como la Virgen del Carmen o la Virgen de la Luz) y santos directamente relacionados con las almas que purgaban, como san Nicolás de Tolentino. Según sus hagiógrafos, el santo recibió la visita de un fantasma, quien le rogó que dijese una misa por los difuntos al día siguiente. Nicolás se disculpó, viéndose a continuación transportado a un valle en donde se estremeció al contemplar las almas que pedían su piedad. Al día siguiente, conmovido por la visión, el santo varón dijo la misa, correspondiéndole las almas con una visita esa misma noche para darle las gracias.

Un episodio parecido vuelve a repetirse en California, teniendo como protagonista al padre Salvatierra. Miguel Venegas escribe que el misionero no se olvidó de las almas de los difuntos cuando: “encerradas en la cárcel del Purgatorio, se han quedado como a la mitad del camino, sin poderse ayudar por sí mismas a salir de ella y llegar al término en el reino de la gloria”³⁴. El jesuita tenía ofrecido a las almas del Purgatorio tanto sus buenas obras como las indulgencias que conseguía gracias a su pertenencia a diversas cofradías, congregaciones y otras asociaciones. Según Venegas, Salvatierra decía misas por el alma de los indios que morían en las misiones que había administrado tanto en la Tarahumara como en California. Por cada uno de los fallecidos rezaba el oficio de difuntos y les cantaba la misa de réquiem. Pero, además, me interesa insistir en la relación que guardaba con “los bienhechores de la California”. A los más insignes les cantaba una misa con toda solemnidad en Loreto, amén de la que

³⁴ Miguel Venegas. *El Apostol Mariano, representado en la vida del V.P. Juan María de Salvatierra*. México. casa de doña María de Ribera. 1754, p.225.

demandaba al resto de los padres misioneros. Por ejemplo, por el hermano de José Miranda, fiscal de Guadalajara, arcediano de aquella santa iglesia en vida, dijo veinticuatro misas, amén de celebrar sus exequias en Loreto, mandando decir otro número no determinado de misas en otras misiones peninsulares. Y si esto hacía por el hermano de un bienhechor insigne. ¿qué no haría por los mismos insignes bienhechores?, se pregunta su biógrafo.

Como un moderno ejecutivo, Salvatierra tenía apuntado en un libro todas las limosnas, grandes y pequeñas, con sus nombres para que le sirviera de recuerdo en sus misas y oraciones³⁵. Venegas añade, por último, que demandaba a los californios ya bautizados que rezasen por sus benefactores por el mucho bien que le debían: “De aquí es que como a gran benefactor del Purgatorio, venían las almas frecuentemente a visitarlo, unas para pedirle sufragios para salir de las penas que las atormentaban; otras para agradecerle lo que las había socorrido y avisarle como ya pasaban gloriosas al cielo”. Y como frecuentemente las almas venían de noche, en horas de descanso, y le ocasionaban grandes quebrantos en la salud, Salvatierra hizo un pacto con ellas para que no lo molestasen hasta que se levantase a la oración: “Yo tengo hecho concierto con las almas del Purgatorio, que si quieren alivio, me dexen dormir un poco. Porque acuden tantas, que se llevan toda la noche, y flaca la cabeza por la falta de sueño, les faltará el socorro que desean”³⁶.

Otros de los que iban a California a pedir por sus almas eran los padres jesuitas de la provincia. Venegas recoge un sermón del padre Feliciano Pimentel, pronunciado en las honras fúnebres de Salvatierra, en donde asegura que los padres Pedro Ignacio de Loyola y Nicolás de Prado, y el provincial Francisco de Arteaga, lo visitaron en California, que ya para entonces, si seguimos estos testimonios, se había convertido en una agencia del Purgatorio y en una estación de las almas de la Compañía de Jesús en su viaje al más allá³⁷. Esta familiaridad con las almas del Purgatorio, se completa con la visión de las muertes de algunas personas. En 1712, Salvatierra -siempre según su biógrafo Venegas- contempló la defunción del padre Pedro Matías Goñi, ocurrida en el colegio Máximo de la capital novohispana. Pero más interesante fue la visión de la muerte de otro

³⁵ Venegas, *El Apostol Mariano*, op. cit., p.248.

³⁶ Venegas, *El Apostol Mariano*, op. cit., p.228.

³⁷ Sobre otros ejemplos que demuestran el don profético de Salvatierra, véase Alegre, *Historia de la Compañía*, op. cit., t.III, p.164.

benefactor de las misiones, el tesorero de Acapulco Pedro Gil de la Sierpe, quien visitó -el alma de difunto- a Salvatierra para que le pagase con oraciones lo que en reales y navios había dado para la conquista de California a fin de que pudiese entrar en la Gloria. Conseguido su objetivo, el alma del famoso bienhechor de la California visitó a Salvatierra para darle las gracias por su eterna felicidad. En mayo de 1701 escribió al padre provincial Francisco de Arteaga la siguiente visión, interesante porque es la única, hasta donde sabemos, en la que se representa el cielo lleno de californios:

“Representole a una persona, que no pudo asegurar si era sueño, hallarse a vista de un hermoso palacio cuadrado y todo iluminado. Y hallándose esta persona como cerca de la esquina de este palacio, que respiraba alegría a los que se le acercaban, vió salir de su puerta como una escuadra de cincuenta californios hermosamente vestidos con traje de ángeles, que daba mucho gozo el verlos que iban a recibir a un personaje, cuando de repente se apareció D. Pedro Gil de la Sierpe en la esquina del palacio, como recién venido: que lleno de gozo recibía el encuentro de los ángeles, que le guiaban para la entrada de este gran palacio, y con quienes decía: bien empleados nuestros trabajos para la conversión de estos pobres californios”³⁸.

Este cielo era prometido por Salvatierra a los mecenas de las misiones, pues les anunció, eso sí, dentro de los límites de una piadosa seguridad, la felicidad eterna, y que al fin de esta vida les saldrían a recibir los parvulitos bautizados en la península, así como los demás californios que para entonces gozaban de Dios, los cuales, asegura el misionero, rogarían en vida por sus almas para aliviarles las penas del Purgatorio y las acompañarían cuando, triunfantes, ascendieran al Cielo³⁹ Para la memoria de los benefactores, especialmente al principio de la conquista, Salvatierra ponía los nombres de los mecenas a los niños que bautizaba (Juan Caballero y Ocio, Pedro Gil de la Sierpe, José Miranda Villaisán). Esta referencia al Purgatorio en la obra de Venegas tenía, bajo mi punto de vista, dos objetivos: en primer lugar, animar a los posibles bienhechores de las misiones, a la vez que premiaba -al menos en promesas- a los que habían contribuido al establecimiento y sostenimiento de la evangelización en California; y, en segundo lugar, contribuir a la fama de santidad del padre Salvatierra, pues si para la Edad Media el milagro era el signo de santidad, para

³⁸ Venegas. El Apostol Mariano. op. cit., pp.229-230.

³⁹ Venegas. El Apostol Mariano. op. cit., p.246.

los siglos XVII y XVIII lo serán las visiones y los éxtasis. La íntima comunicación entre hombres y mujeres de la Iglesia y lo sobrenatural era una especial gracia que Dios concedía a sus elegidos.

6. CALIFORNIA: EL LIMITE DEL MUNDO Y EL FINAL DE LOS TIEM - POS

Por último, quisiera insistir en otras imágenes elaboradas por los jesuitas con relación a California. En primer lugar, hay imágenes muy poéticas: Taraval imagina la península como una enorme media luna a los pies de una Virgen María, y a la misión de Loreto como el escabel de las plantas de María Santísima lauretana. Después, otros padres insisten en California como un desierto de eremitas, tema que ya abordamos al hablar de los demonios y los desiertos. Por último, he dejado una imagen muy interesante para finalizar: la California como fin del mundo, si bien, antes de continuar quisiera hacer una precisión que juzgo importante. No recojo en estas páginas las aportaciones de los jesuitas a la geografía universal, como el descubrimiento definitivo de la peninsularidad de California y las descripciones de gran parte del territorio en sus dos vertientes: la Atlántica y la Pacífica. Varios historiadores como el jesuita Gerald Decorme, Miguel Mathes y Miguel León-Portilla han estudiado la evolución cartográfica de esta esquina del mundo. Yo mismo he escrito sobre el tema varios trabajos, desde un estudio sobre el galeón de Manila hasta las aportaciones de los marinos y astrónomos ilustrados. Lo que me interesa destacar ahora es la existencia de otras imágenes divinas e infernales, elaboradas a la vez que las científicas, que deben ser rescatadas porque, para los lectores del siglo XVIII, tanto unas como otras eran “creíbles”.

Para muchos de los protagonistas de la empresa californiana y de sus contemporáneos, la California era un remoto lugar, pero no un simple lugar. Fuese una isla o una península, era un lugar mítico que representaba el cumplimiento del mandato de Jesús a sus apóstoles: id y predicar mi palabra por todo el mundo. En las *Empresas Apostólicas*, Venegas incluso lleva las cosas más lejos, ligando -literalmente- la empresa de Salvatierra a la invitación de Dios al profeta Isaías: “Con esto parece que cumplió aquel convite que hace Dios con Isaías, llamando a sus siervos para que entren por las puertas de las naciones, aún las más remotas, que están en los fines de la tierra, y exhortándolos a que allanen los caminos y preparen la entrada del Salvador en ellas, que pongan las pri-

meras piedras del edificio y levanten la bandera, que sea señal que avise a los pueblos que ya viene a ellos el Salvador”⁴⁰.

En las Noticias de la California, de nuevo se insiste en la California como “último término del mundo conocido”, “aquellas últimas regiones del Mundo”, y “último rincón del mundo”, donde los padres vivían lejos de toda comodidad, de toda sociedad y de todo regalo corporal y racional⁴¹. El provincial Francisco de Zeballos escribió en una carta donde cuenta la vida y virtudes del padre Consag, otro de los misioneros jesuitas, que: “Debemos particular veneración a aquellos hombres, que a imitación de los Apóstoles llevaron la primera luz del Evangelio a los que estaban aun en las tinieblas de la Infidelidad, y de la muerte. Ellos son vasos de elección, singularmente escogidos de Dios, para llevar su santo nombre a los Gentiles, y verificar en sentido riguroso, y literal el cumplimiento de aquella gran profecía: que rayará la luz, y se oirán las voces del Evangelio hasta en los fines de la tierra. En ellos puntualmente está situada la California”⁴².

Una común creencia entre los devotos cristianos, que recogen autores como el famoso dominico Tomás Malvenda, demoraban la llegada del Anticristo hasta que el evangelio fuese predicado en toda la tierra. En su libro *Sobre el Anticristo*, publicado en Roma en 1604 y pronto conocido en todos los rumbos del Catolicismo, Malvenda estudia varios problemas religiosos surgidos a raíz del descubrimiento del Nuevo Mundo y, entre ellos, su relación con las profecías del Apocalipsis. En la época de su publicación, la enormidad del territorio americano a evangelizar daba tranquilidad a los espíritus más inquietos, pero a finales del siglo XVII y principios del XVIII, los avances espectaculares de los franciscanos y los ignacianos en todas las fronteras americanas dieron la impresión a los devotos más documentados e impresionables que el final del mundo estaba cerca. Esta profecía crece en la Nueva España en manos de los jesuitas

⁴⁰ Venegas, *Empresas Apostolicas*, op. cit., f.79r.

⁴¹ Venegas-Burriel, *Noticia de la California*. México, Editorial Layac, 1944, vol.II, pp.155, 163 y 347.

⁴² Carta del padre provincial Francisco Zeballos sobre la apostólica vida, y virtudes del P. Fernando Konsag, insigne misionero de la California, México, Colegio de San Ildefonso, 1764, p.1.

alrededor de la imagen de Guadalupe, como ha estudiado Jacques Lafaye⁴³. El jesuita Francisco Javier Carranza, por ejemplo, en *La transmigración de la Iglesia a Guadalupe* (México, 1749) piensa que la Iglesia vendrá a buscar refugio al Tepeyac, lugar elegido por María como último capítulo de la humanidad en su marcha hacia el final de los tiempos. Así, Guadalupe se identifica con la mujer del Apocalipsis: "La imagen de Guadalupe será, a fin de cuentas, la Patrona de la Iglesia universal, porque es en el santuario de Guadalupe donde el trono de san Pedro vendrá a hallar refugio al final de los tiempos... Ave María"⁴⁴ Estamos, pues, ante una California que se convierte en un símbolo para la venida de una nueva época. Una más que unir a las mil que hemos atesorado a lo largo de estas páginas.

⁴³ Esta profecía se relacionará directamente con Guadalupe gracias a jesuitas como Joaquín Rodríguez Calado, prefecto de los estudios en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, quien escribió en el *Parecer* (1749) que México sería "el imperio de toda la santa Iglesia y el trono de san Pedro, cuando ésta fuese perseguida por el Anticristo y obligada a abandonar la santa ciudad de Roma". Francisco Javier Carranza, en *La transmigración de la Iglesia a Guadalupe* (México, 1749) piensa que la Iglesia vendrá a buscar refugio al Tepeyac, lugar elegido por María como último capítulo de la humanidad en su marcha hacia el final de los tiempos. Así Guadalupe se identifica con la mujer del Apocalipsis: "La imagen de Guadalupe será, a fin de cuentas, la Patrona de la Iglesia universal, porque es en el santuario de Guadalupe donde el trono de san Pedro vendrá a hallar refugio al final de los tiempos... Ave María". Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

⁴⁴ *La Transmigración de la Iglesia a Guadalupe* es un sermón que se predicó el 12 diciembre de 1748 en Querétaro. La edición original (Licencia en el Colegio Real y más Antiguo de San Ildefonso, 1749) puede consultarse en forma facsimilar en David A. Brading (selección y estudio introductorio), *Siete Sermones Guadalupeños* (1709-1765), México, CONDUMEX, 1994, pp.189-222. Carranza recuerda la parábola de la viña, en donde se decía que los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros: "Y los últimos quienes son? Quienes? Los Americanos, los de este nuevo mundo, los postreros llamados al gremio de la fe, à la Viña, los que vinieron al ponerse el Sol, ò donde el Sol se pone: dice el Pontífice San Gregorio: Al undecimam vero gentiles vocantur. Pues en los últimos tiempos del mundo, afirma Christo, estos últimos han de ser los primeros, y los primeros han de ser los últimos: Erunt primi novissimi. ...novissimi primi" (p.201). Al final de los tiempos, comenta el jesuita, la que fue metrópoli de la fe será la de la gentilidad, y la que fue la metrópoli de la gentilidad, será la de la fe. El papa saldrá de Roma y se establecerá en la sede del Tepeyac. En una inversión total, la imagen del demonio se sitúa en Europa, mientras el dragón infernal no podrá perseguirla: "Porque no ha habido hasta ahora en la America Septentrional endemoniado alguno? Por la Señora de Guadalupe. Ya ha sucedido, como saben todos, pasar un Europeo possesso, pero lo mismo fue saltar en tierra, que hallarse libre del Demonio, y libertado ya, volverse à embarcar para la Europa; pero luego que dexó los ayres Americanos transminados del olor de las rosas Marianas, empezó a sentir los efectos del maligno huesped, que lo tyrantzaba. Pues veán ay la razon, porque el Dragon infernal, porque el Anti-Christo su primogenito possesso, no de uno, sino de muchas legiones de Demonios al perseguir à la Iglesia, que vuela con las alas de Aguila para Mexico, se queda en la arena del mar: perfecutus est mulierem...fletit in litore maris" (pp.212-213).

Este recorrido por las imágenes y los libros de California deja numerosas preguntas sin resolver, pero espero que hayan contribuido a inquietar y a motivar a los que se acercan a este apasionante pasado con el fin de conocer y profundizar en los significados de las imágenes y los libros. Al finalizar mi viaje, que mejor que recordar los últimos versos de la Divina comedia: “Faltan fuerzas a la alta fantasía:/ mas ya mi voluntad y mi deseo/ giraban como ruedas que impulsaba/ Aquel que mueve el sol y las estrellas”⁴⁵. ¿un reto y una sugerencia para los historiadores de la península? No me cabe la menor duda: es necesario que Dante visite California, pues como acertadamente ha señalado Bolívar Echeverría, la idea de los jesuitas es la de hacer: “que la gente viva todo el tiempo en el límite, en el borde entre lo terrenal y lo celestial”⁴⁶

⁴⁵ Dante Alighieri. Divina comedia. edición de Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo. Madrid. Cátedra. 1996. p.742

⁴⁶ Horst Kurnitzky y Bolívar Echeverría. Conversaciones sobre lo barroco. México. UNAM. 1993. p.14.